

JOSÉ B. ADOLPH
ANTOLOGÍA BREVE



La narrativa de José B. Adolph (quien en alguna ocasión se definió a sí mismo como «zoroastrista disidente») ha sido asociada frecuentemente con la ciencia-ficción, pero en sus cuentos hay mucho más de «ficción» que de «ciencia». Si hubiera que resumir su temática en tres palabras, éstas serían: «muerte», «eternidad» y «paradoja». La presente antología es una buena muestra de ello.

... yo creo que al final de toda luz hay un túnel.

J. B. A.

El falsificador

«Antes que los Incas reinasen en estos reinos ni en ellos fuesen conocidos, cuentan estos indios otra cosa muy mayor que todas las que ellos dicen, porque afirman questuvieron mucho tiempo sin ver el sol, y que padeciendo gran trabajo con esta falta, hacían grandes votos é plegarias a los que ellos tenían por dioses, pidiéndoles la lumbre de que carecían; y questando desta suerte, salió de la isla de Titicaca, questá dentro de la gran laguna del Collao, el sol muy resplandeciente, con que todos se alegraron. Y luego questo pasó, dicen que de hacia las partes del Mediodía vino y remanesció un hombre blanco de crecido cuerpo, el cual en su aspecto y persona mostraba gran autoridad y veneración, y queste varón, que así vieron, tenía tan gran poder, que de los cerros hacía llanuras y de las llanuras hacía cerros grandes, haciendo fuentes en piedras vivas; y como tal poder reconociesen, llamábanle Hacedor de todas las cosas criadas, Principio dellas, Padre del sol, porque, sin éste, dicen que hacía otras cosas mayores, porque dio ser a los hombres y animales, y que, en fin, por su mano les vino notable beneficio. Y este tal, cuentan los indios que a mí me lo dixeron, que oyeron pasados, que ellos también oyeron en los cantares que ellos de lo muy antiguo tenían, que fue de largo hacia el Norte, haciendo y obrando estas maravillas, por el camino de la serranía, y que nunca jamás lo volvieron a ver. En muchos lugares diz que dio orden a los hombres como viviesen, y que los hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre, amonestándoles que fuesen buenos y los unos a los otros no se hiciesen daño ni injuria,

antes, amándose, en todos hubiese caridad. Generalmente le nombran en la mayor parte Ticiviracocha, aunque en la provincia del Collao lo llaman Tuapaca y en otros lugares della Armauan. Fuéronle en muchas partes hechos templos, en los cuales pusieron bultos de piedra a su semejanza, y delante de ellos hacían sacrificios: los bultos grandes que están en el pueblo de Tiahuanacu, se tiene que fue desde aquellos tiempos; y aunque, por fama que tienen de lo pasado, cuentan esto que digo de Ticiviracocha, no saben decir dél más, ni que volviese a parte ninguna deste reino.

Sin esto, dicen que, pasados algunos tiempos, volvieron a ver otro hombre semejante al questá dicho, el nombre del cual no cuenta, y que oyeron a sus pasados por muy cierto, que por donde quiera que llegaba y hobiese enfermos, los sanaba, y a los ciegos con solamente palabras daba vista; por las cuales obras tan buenas y provechosas era de todos muy amado; y desta manera, obrando con su palabra grandes cosas, llegó a la provincia de los Canas, en la cual, junto a un pueblo que ha por nombre Cacha y que en él tiene encomienda el capitán Bartolomé de Terrazas, levantándose los naturales inconsideradamente, fueron para él con voluntad de lo apedrear, y conformando las obras con ella, lo vieron hincado de rodillas, alzadas las manos al cielo, como que invocaba el favor divino para se librar del aprieto en que se veía. Afirman estos indios más, que luego pareció un fuego del cielo muy grande que pensaron ser todos abrasados; temerosos y llenos de gran temblor, fueron para el cual querían así matar, y con clamores grandes le suplicaron de aquel aprieto librarlos quisiese, pues conocían por el pecado que habían cometido en lo así querer apedrear, les venía aquél castigo. Vieron luego que, mandando al fuego que cesase, se apagó, quedando con el incendio consumidas y gastadas las piedras de tal manera, que a ellas mismas se hacían testigos de haber pasado esto que se ha escrito, porque salían quemadas y tan livianas, que aunque sea algo crecida es levantada con la mano co-

mo corcho. Y sobre esta materia dicen más, que saliendo de allí, fue hasta llegar a la costa de la mar, adonde, tendiendo su manto, se fue por entre sus ondas, y que nunca jamás pareció ni le vieron; y como se fue, le pusieron por nombre Viracocha, que quiere decir espuma de la mar...».

Pedro Cieza de León
Crónica del Perú, Segunda Parte, Cap. V.

Un oscuro recinto, iluminado apenas por una débil llamita, acoge a un hombre envejecido, pese a no contar aún cuarenta años, inclinado sobre un escrito que va fluyendo de sus dedos sarmentosos. De vez en cuando se detiene la elegante pluma y, mirada en alto, se recoge en sí mismo tratándose de fijar nuevamente un paisaje en trance de convertirse en leyenda.

Pedro Cieza de León, soldado del rey, cronista del Perú, escribe el segundo tomo de su obra. El mito de Viracocha, el dios que dio nombre a un rey, le ocupa hoy. El inca Viracocha, protagonista de la batalla que dio nombre a Ayacucho, en la cual el imperio fue consolidado una vez más, es el pálido reflejo de una figura inmensa que pasó, siglos antes, por las serranías y la costa del reino cuando éste aún era una vaga promesa entre tribus guerreras.

Alguien empuja a don Pedro. Los indios le han relatado una extraña historia, que el cronista ha recogido con piedad cristiana. Fiel a su mandato, la ha recogido como se la contaron; y sin embargo, al ponerla sobre el pergamino, la historia va cambiando insensiblemente, sin que el escritor lo note.

La historia relatada por los indios, que, a su vez, la escucharon de sus mayores, hablaba de carruajes celestiales y de campos hechos fuego. Y, sin embargo, al transmitir esta increíble historia al manuscrito que habrá de quedar, como prueba irrefutable de sus desvaríos, Cieza de León no men-

ciona ni los carruajes ni los campos eléctricos. La historia es demasiado inverosímil, demasiado hereje. Puede costarle muy caro, quizás hasta la acusación de judería o agnosticismo.

La mano de don Pedro, mano que hasta ahora le ha obedecido fielmente en el manejo de la espada y de la pluma, se independiza. Escribe por sí sola. Y de sus trabajos va quedando otra cosa, otra historia: una versión india del profeta nazareno. Una visión americana de la historia palestina, del hombre que descendió de los cielos para enseñar a los hombres a amarse. Canas le ha recordado a Canaán. La crucifixión se convierte en pedrea, tal como los judíos de Palestina, mil quinientos años antes, solían ajusticiar a sus criminales y víctimas.

Ha ido transformándose la historia de los indios hasta convertirse en la paralela de Jesús. Don Pedro releerá lo que ha escrito y se asombrará de sí mismo. No llegará a terminar ningún otro libro, ningún otro tomo, apesadumbrado por la transformación que se ha operado en lo que los indios le habían relatado. Se siente fracasado como cronista, traicionado por una memoria débil, por la mano de Dios o por una extraña cobardía que no es sólo el temor físico a la Inquisición.

Don Pedro siente que ha mentido. Pero no acierta a comprender por qué, ni hasta qué punto, porque ya en su memoria lo real (que también es leyenda) y lo añadido se entremezclan. Don Pedro teme que, al convertirse la osada y absurda Historia de los indios en una versión indígena del evangelio, ha dicho demasiado. Teme que, por miedo a la verdad, haya hecho algo peor aún, calificable también de herejía. Porque, después de todo, ¿no puede ser herejía el sugerir que el mensaje del hijo de Dios hecho hombre puede ser conocido fuera del cuerpo de los bautizados?

Se restriega los cansados ojos. Relee una vez más. Suspira. Quizás, piensa, haya hecho bien, hurtando a los incomprensivos ojos del mundo algo que éste no podría di-

gerir, una cosa de brujería y maldad que no puede ser entregada a los pecadores de este siglo. Quizás el Señor le tenga en cuenta, a la hora de su muerte, haber transformado lo impío en santo, lo indecible en compasivo, lo funesto en edificante.

Pero sigue atormentado. ¿Quién es él, se pregunta bien, para modificar un genuino relato de esas gentes sencillas y honestas que han depositado su fe en el barbado historiador? ¿Qué pena puede haber para el falsario, para el deformador, para el mentiroso aunque lo sea por piedad?

Le habían hablado de un concierto de rugidos en la noche estrellada de los Andes, del descenso de un hombre poderoso y bueno, armado con instrumentos indescritibles, sabio más allá de toda sabiduría. Le habían hablado de un hombre que hablaba con otros hombres que no estaban allí, y que le respondían desde lejos; de zumbidos y olores, de visiones coloreadas en pantallas de plata; de largos tubos de airoso metal verde, capaces de posarse como un ave discreta en la pampa ennegrecida. Le habían hablado de la tristeza y desolación del visitante ante la permanencia de la idolatría, de los extraños alimentos, de la mujer herida y su milagrosa curación. Luego, habían partido otra vez, y Cieza había transformado al inenarrable espectáculo en una caminata sobre el mar. La invocación del extraño —hecha por seña colocándose un dedo sobre los labios— de silenciarlo todo, había sido cumplida, finalmente, por don Pedro, pero a su manera.

Un incidente fue normalizado, en esa oscura habitación española por un hombre atormentado y dubitativo. Quizás por cobardía, quizás por sanidad mental, quizás por horror, un cronista embelleció lo incomprensible y nos salvó, una vez más, del conocimiento humano sobre nosotros.

Lo que comunico a usted, señor comandante, dando fin de este modo a mi investigación, solicitando su permiso

para proseguir mi viaje y el de mi ya restablecida compañera, a la base de Plutón.

(Hasta que la muerte, 1971)

Nosotros no

Aquella tarde, cuando tintinearón las campanillas de los teletipos y fue repartida la noticia como un milagro, los hombres de todas las latitudes se confundieron en un solo grito de triunfo. Tal como había sido predicho doscientos años antes, finalmente el hombre había conquistado la inmortalidad en 2168.

Todos los altavoces del mundo, todos los transmisores de imágenes, todos los boletines, destacaron esta gran revolución biológica. También yo me alegré, naturalmente, en un primer instante.

¡Cuánto habíamos esperado este día!

Una sola inyección, de diez centímetros cúbicos, era todo lo que hacía falta para no morir jamás. Una sola inyección, aplicada cada cien años, garantizaba que ningún cuerpo humano se descompondría nunca. Desde ese día, sólo un accidente podría acabar con una vida humana. Adiós a la enfermedad, a la senectud, a la muerte por desfallecimiento orgánico.

Una sola inyección, cada cien años.

Hasta que vino la segunda noticia, complementaria de la primera. La inyección sólo surtiría efecto entre los menores de veinte años. Ningún ser humano que hubiera traspasado la edad del crecimiento podría detener su descomposición interna a tiempo. Sólo los jóvenes serían inmortales. El gobierno federal mundial se aprestaba ya a organizar el envío, reparto y aplicación de las dosis a todos los niños y adolescentes de la Tierra. Los compartimentos de medicina

de los cohetes llevarían las ampolletas a las más lejanas colonias terrestres del espacio.

Todos serían inmortales.

Menos nosotros, los mayores, los adultos, los formados, en cuyo organismo la semilla de la muerte estaba ya definitivamente implantada.

Todos los muchachos sobrevivirían para siempre. Serían inmortales, y de hecho, animales de otra especie. Ya no seres humanos: su psicología, su visión, su perspectiva, eran radicalmente diferentes a las nuestras.

Todos serían inmortales. Dueños del universo por siempre jamás. Libres. Fecundos. Dioses.

Nosotros no. Nosotros, los hombres y mujeres de más de veinte años, somos la última generación mortal. Éramos la despedida, el adiós, el pañuelo de huesos y sangre que ondeaba, por última vez, sobre la faz de la Tierra.

Nosotros no. Marginados de pronto, como los últimos abuelos, de pronto nos habíamos convertido en habitantes de un asilo para ancianos, confusos conejos asustados entre una raza de titanes. Estos jóvenes, súbitamente, comenzaban a ser nuestros verdugos sin proponérselo. Ya no éramos sus padres. Desde ese día, éramos otra cosa; una cosa repulsiva y enferma, ilógica y monstruosa; éramos Los Que Morirían. Aquellos Que Esperaban la Muerte. Ellos derramarían lágrimas, ocultando su desprecio, mezclándolo con su alegría. Con esa alegría ingenua con la cual expresaban su certeza de que ahora, ahora sí, todo tendría que ir bien.

Nosotros sólo esperábamos. Los veríamos crecer, hacerse hermosos, continuar jóvenes y prepararse para la segunda inyección... una ceremonia —que nosotros ya no veríamos— cuyo carácter religioso se haría evidente. Ellos no se encontrarían jamás con Dios. El último cargamento de almas rumbo al más allá, era el nuestro.

¡Ahora cuánto nos costaría dejar la Tierra! ¡Cómo nos iría carcomiendo una dolorosa envidia! ¡Cuántas ganas de

asesinar nos llenarían el alma, desde hoy y hasta el día de nuestra muerte!

Hasta ayer. Cuando el primer chico de quince años, con su inyección en el organismo, escogió suicidarse. Cuando llegó esa noticia, nosotros, los mortales, comenzamos recién a amar y a comprender a los inmortales.

Porque ellos son unos pobres renacuajos condenados a prisión perpetua en el verdoso estanque de la vida. Perpetua. Eterna. Y empezamos a sospechar que dentro de 99 años, el día de la segunda inyección, la policía saldrá a buscar a miles de inmortales para imponérsela.

Y la tercera inyección, y la cuarta, y el quinto siglo, y el sexto; cada vez menos voluntarios, cada vez más niños eternos que imploran la evasión, el final, el rescate. Será horrenda la cacería. Serán perpetuos miserables.

Nosotros no.

(Hasta que la muerte, 1971)

Persistencia

O'Henry debe de haberse agitado miles de veces en su tumba, gruñendo ante los innumerables finales sorpresa de segunda categoría que se escriben y que se supone sorprenderán al lector con su inesperado giro. Sin embargo el autor de «Persistencia» probablemente habrá merecido un asentimiento —y no un gruñido— del Maestro. El final de su realmente corta historia me sorprendió de la mejor manera posible.

A. E. van Vogt

Gobernar la nave se hace cada vez más problemático. Los hombres están inquietos; sólo la más ardua disciplina, las más dulces promesas, las más absurdas amenazas mantienen a la tripulación activa y dispuesta. Una humanidad que ya no se asombra de nada nos vio partir hacia el más allá: estaba ya acostumbrada a una desfalleciente fascinación.

Comprendo a todos; éstos han sido años de sucesos terribles, de convulsiones. Muertes masivas, guerras, inventos maravillosos; ¿quién podía entusiasmarse por una conquista de aquel espacio que ya nada nuevo promete a hombres hartos de progreso? Los costos son elevados, pero ya nadie se fija en cifras. Corre sangre y corre dinero en estos años en que somos, a la vez, creadores y asesinos.

Amo y odio a mis compañeros. En cierto sentido, son la hez del universo; en otro son balbucientes niños en cuyas manos se moldea el futuro. Abriremos una ruta que liberará a este planeta del hambre, de las multitudes crecientes que ya no encuentran un lugar bajo el sol y que sólo esperan, aterradas y resignadas, un juicio final del que desconfío:

¿cómo se puede ser tan supersticioso en estos tiempos de triunfo de la ciencia, del arte, de una nueva promesa de libertad como la que encarna esta nave?

Hemos partido hace meses; en este tiempo solitario hemos recorrido la inmensidad de cambiantes colores, reducidos a lo mínimo. Nos hemos visto convertidos en criaturas desnudas, flotando en la creación: los hombres tienen miedo. Sabían que existía este vacío; lo supieron siempre. Pero ahora que se sienten devorados por él, sus miradas se han endurecido para siempre. El final es un lejano punto que no logro construirles.

Huimos de un mundo de miseria y hartazgo; de violencia y caridad; de revolución y orden. Habremos de retornar, sin duda, pero tampoco puedo garantizárselo a ellos. Ven el vacío; no son capaces de perseguir un sueño a plenitud.

No hay comunicación con un pasado que sólo recobremos como futuro. Y mi soledad es mayor: ¡ay de los que poseemos la verdad y la seguridad! Una sola lágrima nuestra, descubierta por ellos, equivaldría a una desesperada muerte.

Pero es inmensa la recompensa: al otro lado nos esperamos a nosotros mismos, encarnados en esa libertad y en esa abundancia de que ahora carece nuestro planeta. Debemos durar, debemos resistir, no sólo porque el retorno es imposible, sino porque mienten cuando dicen preferir la seguridad de la prisión que dejaron. La verdad, me digo, es obligatoria. Y el encargo que llevamos nos ha sido encomendado por todos los hombres de la Tierra, aun por aquellos que no saben de este viaje e ignoran lo miserable de su existencia.

El viaje continuará, así tuviese que matarlos a todos y gobernar yo solo la nave. Nadie puede escapar, si no es a través de su propia muerte: confío en sus instintos, más que en sus razonados temores. Hasta ahora no hemos encontrado las horribles pesadillas que algunos timoratos previeron. Sé que todo marchará bien, o todos moriremos juntos; si

así fuera, si lo último se cumpliera, otros retomarán la esperanza y esa huida que será un gran encuentro. El cielo es negro sobre nosotros, pero miles de luces nos acompañan; son como cirios de esperanza. Ellos las miran con temor y odio; no quieren comprender que son guardianes y guías: ¿Cómo no sentirse hermano de las estrellas, que observan, comprensivas, nuestra soledad que es la de ellas?

Me siento solo, y no me siento solo. ¿Habrà alguien que pueda comprender esta atracción por un abismo que para mí no es sino una ruta más? Es cierto que a veces tengo miedo, como todos. No soy sino un hombre frente a fuerzas desconocidas: las intuyo, pero no las domino; las comprendo pero no son mías. Pero sin miedo no hay esperanza.

Y sin embargo, el tiempo es largo, sobre todo para ellos. El viaje se les aparece infinito. Empiezan a sentirse privados de toda realidad; se creen fantasmas de sí mismos. Sus ojos me amenazan, porque siempre hay un culpable. La nave cruje y se mece, la inmensidad es cada vez más aplastante, pese a esos signos que, desde hace un par de días, nos aseguran que no hay error, que mis cálculos son correctos.

Debo anotar, pues, que ojalá se cumplan los pronósticos favorables antes que el temor termine totalmente con la confianza. Rogaré al Señor para que tal cosa no ocurra. Danos, pues, Señor, la gracia de poder cumplir nuestra misión antes que finalice este octubre de 1492.

(Cuentos del relojero abominable, 1973)